

CAPITULO XLV.

De la batalla que tuvieron los mexicanos tenuchcas con los tlatelulcanos, y cómo fueron vencidos y desbaratados los tlatelulcanos.

El rey Axayaca, mexicano, condoliéndose de la destruccion que habia de venir sobre Tlatelulco, tornó á enviar otro mensagero, y fué elegido por mano de Cihuacoatl el principal llamado *Cueatzin*, rana apreciada: y habiéndose hecho la embajada se azoró Moquihuih con esto, y á instancia de su suegro mandaron dar garrote al mensagero *Cueatzin*, mexicano, y fuéronlo á arrojar al barrio que llaman *Copolco*, que ahora es Santa María la Redonda: acabado esto comenzaron luego á dar alarido y á tocar al arma, diciendo á voces: ea, tlatelulcanos, consúmanse los mexicanos, mueran todos los traidores; esto sería al cuarto de la luna. Dijo Cihuacoatl *Tlacaoeltzir*: ya han comenzado los tlatelulcas, pues nos han muerto á nuestro principal *Cueatzin Teuctli*. Ea, mexicanos, toquen las vocinas de caracol y golpeen las rodela con grande grita y vocería; pónganse en concierto y suban á la casa alta del *tetzahuatl* abusion de *Huitzilopochtli*. (Esto sería como despues de media noche), y comenzó luego Cihuacoatl á hablar y consolar al mancebo rey Axayaca, diciéndole: hijo y señor, mirad que sois niño y habeis de pasar y ver adelante, pues á ello estais obligado por el fuero de rey; no tengais temor alguno, esforzaos, que mas que esto habeis de ver y habeis de ganar, y pues la comenzaron los tlatelulcanos, justo es que los acabemos nosotros: esforzaos, tomad vuestro dardo y rodela. Luego fué Cihuacoatl á la azotea y alto de *Huitzilopochtli*, y visto el tiempo y la ocasion, dió voces desde lo alto y dijo: ea, mancebo rey, hijo mio, salga de tropel vuestro valeroso ánimo y campo mexicano. Luego Axayaca dió voces á sus capitanes diciéndoles: ea, mexicanos, flor del mundo, comenzad luego á salir, que ya vienen nuestros enemigos para vosotros; y así luego tomó la delantera el principal y capitan *Tlacochealcatl*, el cual esforzando al rey Axayaca, le dijo: no temais, señor, esforzaos, que aquí estamos todos; y por lo consiguiente Axayaca mostraba grande ánimo y esfuerzo á *Tlacochealcatl*; y yendo discurriendo por los suyos, por otra calle que iban el capitan *Cuauhnochtli*

y Ticocyahuaacatl se toparon unos con otros, y de un tiron que hay desde la puente que está en Atzacualco, que es ahora la de San Sebastian, hasta detrás de Santo Domingo, llevaron á los tlatelulcanos hiriéndolos y matándolos, hasta el barrio que se llama Yacolco, que es donde está ahora la iglesia de Santa Anna. Llegados allí, se reparó el rey Axayaca llamando á los tlatelulcanos con la mano y diciéndoles: hermanos tlatelulcanos, esforzaos, cobrad ánimo, y mirad que por fuerza os hemos de ganar el tianguis de este mercado; y tras de esto tornaron luego á darles otro apretón muy recio, que los encerraron en su tianguis. Volvieron los mexicanos á decirles á los tlatelulcanos: ¿cuál es vuestra pretension, tlatelulcas? Ya os hemos ganado vuestro tianguis y mercado, ¿qué es lo que decís á esto? ¿Queréis que baste lo hecho, ó nó? Porque estamos ya cerca de vuestro templo, y nos dais lástima. ¿Queréis que cese ya? Respondió *Huitsnahuaacatl Teconal* y dijo: ¿qué es lo que decís, Axayaca? aguardad un poco y veréis vuestro atrevimiento, y así arrojó á uno de los cantores *tlamacasque* de la torre abajo, como de gran soberbia, y tras de él á una muger y á un muchacho, queriendo significar no tener en nada la pérdida de mugeres y niños, ni aun cantores de su templo. Dijo Axayaca: pues sea norabuena. ¿Qué nos motejais de cantores, mugeres, niños y viejos? Ahora lo vereis, pues así lo quereis vosotros, y no quereis gozar de nuestra clemencia. Dijeron los tlatelulcas: no es menester tantas parolas, que de esta manera usamos nosotros de nuestro oficio y ejercicio; y comenzaron luego otra vez. Dijo Axayaca: pues así lo quereis, Teconal, ya abro la mano, mirad que no hemos de tener lástima ni dolor de mataros, y aquí vereis cabezas, brazos y tripas, por este suelo arastrando, y pisándolo nosotros. Con esto enviaron Moquihuíx y Teconal á dos ó tres mugeres con las vergüenzas de fuera y las tetas, y emplumadas, con los lábios colorados de grana, motejando á los mexicanos de cobardía grande. Venian estas mugeres con rodela y macanas para pelear con los mexicanos, y tras estas mugeres siete ú ocho muchachos desnudos y con armas á pelear con los mexicanos. Visto esto los capitanes mexicanos, á una voz digeron: ea, mexicanos, á fuego y sangre. Tornó Axayaca á rogarles con la paz, condoliéndose de los viejos, mugeres, niños y criaturas de cuna, y les decia: depongamos nuestras armas, y que se acabe todo; jamás quisieron. Con esto, y con la grita de ambas partes, las mugeres desnudas y desvergonzadas comenzaron á golpearse sus vergüenzas, dándoles de palmadas, y los muchachos arrojaron sus varas tostadas, y comenzaron á volver las espaldas y subirse encima del templo de *Huitsilopochtli*, y desde allí se alzaron otras mugeres las naguas y les mostraron las nalgas á los mexicanos, y otras desde lo alto del Cú comenzaron á arrojar escobas, tejederas y urdideras, *ollatl tsotsopastli tsatsastli*, y esprimiéndose la leche de sus pechos la arrojaron á los mexicanos, y otras mugeres arrojaron tierra revuelta con suciedad, ó pan mascado. Acabado esto de las mugeres, subió un principal tlatelulca llamado *Xochicoatl*, y puesto en lo alto y encima del brasero infernal *cuauxicalli*, comenzó á bailar y dijo á voces á los mexicanos: ahora bajaré con mis armas contra vosotros; y viniendo un furioso mozo mexicano, le arrojó una vara tostada que le pasó el cuerpo con todas las tres puntas, que cayó de espaldas. Comenzaron despues los unos y los otros con tanta vocería, que subia á los cielos. Iban los mexicanos tan fu-

riosos de enojo y corage de haberles hecho tantas fealdades, que subió el primero Axayaca, y despues el capitán *Tlacochealcatl* y *Cacamatzin*, y puestos en lo alto del Cú del ídolo *Huizilopochtli*, Axayaca propio y Tlacochealcatl arrebatárou al rey Moquihuix y despeñáronlo de lo alto del Cú, que vino abajo hecho pedazos, y tras de él Ateconal su suegro y à otros muchos principales tlatelulcanos. Subieron luego doce ó quince viejos, viejas y niños, é hincáronse de rodillas delante de Axayaca diciéndole: rey y señor nuestro, no haya más, cese ya vuestra furia y braveza, basta que esté delante de vos tanta sangre deramada, pues ya están muertos los valerosos que eran los que causaron todo esto; con las vidas pagaron su atrevimiento. Tornó otro principal viejo llamado *Cuacuauhtzin* á rogarle al rey Axayaca con la paz. Respondió Axayaca: esta mañana os envié á rogar tres veces con la paz, y jamás quisisteis: pues ahora hasta acabar de todo punto con vosotros no he de parar. Tornó otra vez el *Cuacuauhtzin* á rogarle á Axayaca con lágrimas diciéndole: que para qué queria de hecho destruir á sus propios vasallos y padres, que ellos ayudarian á las guerras contra los de las costas de los mares, y naturales de ellas, y llevarian sus cargas, mantenimientos y armas, y se ofrecian con sus propias personas al servicio corporal de semana en *Tenuchtitlan*. Con esto Axayaca hizo que cesase la batalla.